

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

1

El cuento de la gatita Dory*

Suelo narrar este cuento a aquellas familias en las que hay jóvenes que, por distintas razones, experimentan dificultades de integración o padres o tutores que, por distintas razones, experimentan dificultades para integrarlos.

Los Brown pertenecían a esa clase de familia.¹ Mark, un hombre cercano a los cincuenta años, se separó de su esposa cuando Ellen, su única hija, tenía tres años.

Desde entonces, Mark estuvo litigando para obtener la tenencia de su hija —a quien ni siquiera se le permitía visitar— en uno de los juicios más largos y agrios que yo haya conocido. La imagen imborrable de la pequeña Ellen lo sostenía afectivamente y justificaba a sus ojos las enormes costas que le insumía el juicio. Unos meses antes de nuestra entrevista,² la Corte Suprema había fallado en su contra, con lo cual Mark perdió definitivamente el derecho a la tenencia de Ellen. Mark ya se había vuelto a casar. Su mujer se llamaba Jan y tenían dos hijos pequeños de dos y cuatro años. Por su parte, Ellen, había recibido una viva impresión del aborrecimiento que existía entre sus padres y, por otro lado, había desarrollado una gran pasión por los caballos y la equitación. Como comentó más tarde, prefería los caballos a las personas y, ciertamente, uno podría compartir su punto de vista. Después averiguamos que Ellen, su madre y el compañero de ésta habían recurrido a la terapia cuando la niña comenzó a valerse por sí misma y a independizarse de ellos. Un buen día, sin previo aviso, la ex esposa de Mark lo llamó por teléfono para decirle que a partir de ese momento Ellen viviría con él y que podía recogerla esa misma noche en el aeropuerto de Auckland, en la terminal de vuelos locales. Mark, que luego del veredicto de la Corte se resignó a tener poco o ningún contacto con su hija, seguramente se preguntó qué autoridad superior había intervenido para que sus

*Publicado en *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, 9, 3, 1988, págs.172-173.

sueños se convirtieran tan inesperadamente en realidad. Cuando corrió al aeropuerto a buscar a Ellen, tan grande era su excitación que apenas podía dominarse. Esperó impaciente, reavivando dentro de sí la imagen de esa niña adorada de tres años. Y, entonces, apareció Ellen, una alta y obstinada jovencita de doce años. El recibimiento de Mark expresaba cuánto la había echado de menos y cuánto se alegraba por el reencuentro. La respuesta de Ellen fue la de una persona que ha jurado vengarse. Mark le hablaba con suma bondad y ella le replicaba descalificándolo, enfurruñándose, maldiciendo o con tono de burla, un comportamiento que recordaba el de un animal acorralado. Nada de lo que su padre dijera o hiciera modificaba esa actitud. En realidad, cuanto más se esforzaba Mark, más odiosa se volvía Ellen. El rechazo y los insultos a menudo se transformaban en violentos ataques al padre. Mark, que también era obstinado, jamás había visto un comportamiento semejante. Durante el servicio militar se había entrenado para actuar en comandos y lo aterrizzaba la idea de “estallar” un día a causa de las provocaciones y matar a su hija sin querer. Sentía que no podía controlarse.

El cuento de Dory, la gatita, le fue relatado a Ellen al comenzar la tercera sesión. Fue necesario modificar la disposición de los asientos, pues Ellen, lógicamente, se sentaba lo más lejos posible de su nueva familia, aunque dentro del campo visual de su padre. Durante las entrevistas solía abrazarse al juguete más grande y suave que encontraba. Si las miradas mataban, Mark habría estado a punto de morir. Para que Ellen prestara atención al cuento, Richard le pidió a Mark que durante la narración se colocara a una prudente distancia detrás de su hija. Ellen dejó entonces de proferir comentarios mordaces y de resoplar despectivamente.

El cuento era el siguiente:

Había una vez una gatita llamada Dory. Tenía pelo largo de color jengibre, una cola larga y peluda, una gorguera grande y blanca y una mancha también blanca en la punta del hocico. Un buen día apareció en casa, probablemente porque teníamos dos gatos y a veces les dejábamos la comida afuera, en el peldaño de la puerta del fondo. Sospecho que ésa fue la razón de sus ocasionales visitas. Su apariencia era lastimosa. Tenía el pelo completamente apelonado y no podía librarse de las marañas por mucho que lo intentara. El esfuerzo parecía excederla. Suponíamos que debajo de toda esa maraña había una gatita bastante flaca y hambrienta. Por otra parte, los sonidos gatunos que emitía no eran amistosos: no maullaba ni ronroneaba sino que bufaba. A Sammy y Monty, nuestros dos gatos, no les gustaba nada que ella apareciera por ahí y le daban zarpazos toda vez que podían. Nos desagradaba enormemente que se comportaran de esa manera y se lo hicimos saber, pero ellos continuaron hostigándola a nuestras espaldas. Dory nunca peleaba ni se defendía. Huía y volvía

solamente cuando los gatos no andaban cerca. Si se nos ocurría darle un poco de comida, Sammy y Monty devoraban sus propias raciones velozmente y luego apartaban a Dory de un empujón y se comían también la de ella. Era inútil regañarlos o golpearlos por comportarse de un modo tan mezquino: seguían haciendo lo mismo, como si tal cosa.

Un día se me ocurrió una idea: ¿por qué no adoptamos a Dory? Si ella se incorporaba a la casa, podría defenderse de Sammy y de Monty. Pero, ¿cómo podíamos lograr que un gato se integrara en la casa? Fui a la biblioteca y consulté libros sobre gatos, pero no decían ni una palabra sobre el tema. Pensé que tenía que ingeniármelas de alguna manera para que Dory se integrara en el resto de la familia. Al menos sabía con certeza una cosa: que Dory adoraba las anchoas. ¿Qué son las anchoas? Unos pescaditos muy salados y de sabor muy fuerte. (Te traje algunas para que las pruebes. ¡Ahora sí sabes a lo que me refiero!) Hice un largo caminito de anchoas desde el seto donde Dory solía ocultarse hasta la puerta del fondo. Dejé algunos centímetros libres entre anchoa y anchoa. Luego regresé a la puerta trasera y me quedé quieto, de rodillas y con la mano extendida, como si tuviera la intención de acariciar a Dory. Por supuesto, la gatita comenzó a comerse las anchoas, pero apenas vio mi mano, echó a correr. Todos los días hice lo mismo durante un buen rato y, cada día, Dory comía más anchoas y se acercaba un poco más a mi mano extendida. La primera vez que se topó con ella, se asustó y me arañó. No sabía esconder las uñas, como lo hacen la mayoría de los gatos. Me lastimó y me enojé y estuve a punto de abandonar la empresa, pero no lo hice. Al fin y al cabo, pensé, soy más grande que Dory y tengo muchas cosas. Decidí perseverar hasta el final, aunque siempre sucedía lo mismo: Dory se asustaba, me arañaba y huía. Como yo estaba muy interesado en Dory, noté que los arañazos no eran tan profundos ni tan dolorosos. Sospechaba que Dory había empezado a pertenecerme como yo le pertenecía a ella e incluso llegué a esperar con ansia esos pequeños arañazos que, además, comenzaban a divertirme. En una ocasión solté la risa. Generalmente, Dory desaparecía ante el menor ruido, pero esa vez no lo hizo. Se quedó quieta preguntándose qué estaba ocurriendo. Y entonces sucedió algo sumamente sorprendente: ¡maulló! Jamás pensé que un maullido me alegraría tanto. Después de eso —evidentemente, no ocurrió de la noche a la mañana, pero en el recuerdo parece que fue así—, Dory mantuvo las uñas guardadas aun cuando estaba enojada conmigo y me permitía acariciarla cada vez más. ¡Hasta que un día saltó a mi regazo! Desde entonces nos pertenecemos el uno al otro, aunque no puedo asegurar exactamente cuándo comenzó todo. ¿Fueron las anchoas? ¿Mi mano extendida, dispuesta a acariciarla? ¿Su certeza de que podía arañarme sin que yo le retirara la mano? ¿Fue Dory quien decidió de pronto confiar en mí y esconder las uñas? Nunca lo

sabré a ciencia cierta y ahora es demasiado tarde para averiguarlo. Pero sé que hasta que muramos nos perteneceremos el uno al otro.

El cuento en sí mismo, por mucho que se esforzara la imaginación, no provocó una unión instantánea. Pero significó el comienzo de un largo y difícil proceso de ajuste, gracias al cual Mark pudo valorar a su obstinada hija y Ellen, a su obstinado padre.

Apéndice

Terry, de trece años, era otro jovencito que no estaba bien integrado en su familia. Por mera coincidencia, recientemente sus padres le habían regalado un gatito. Al finalizar la quinta sesión les leí el cuento de la gatita Dory y le entregué una copia a Terry. Un mes más tarde tuve una entrevista con él y le pregunté acerca del cuento:

D.E.: ¿Cuántas veces lo leíste?

Terry: Tres o cuatro veces.

D.E.: ¿Dónde lo guardas?

Terry: En el escritorio de papá. Cuando tengo ganas, lo busco y me lo llevo para leerlo en la cama. Después de leerlo me siento feliz y abrazo a mi gato.

D.E.: ¿Cuándo lo lees?

Terry: A veces lo leo cuando la familia está alterada y hay peleas y ese tipo de cosas.

D.E.: ¿Por qué te hace tan feliz el cuento?

Terry: Me siento feliz porque tengo a alguien a quien amar.

D.E.: ¿El cuento te dice eso?

Terry: El cuento dice cómo uno puede sentirse ligado a otras cosas. Por ejemplo, la idea de ser amado y tener a alguien a quien amar podría influir en mí y hacer que yo cambie mi modo de ser... probablemente.

D.E.: ¿Y cómo ocurriría eso?

Terry: Si yo tuviera más influencias de ese tipo... probablemente cambiaría por completo.

Es demasiado pronto para asegurar que la predicción de Terry se ha hecho realidad, pero espero que él esté en lo cierto.

Notas

1. Los nombres de los pacientes mencionados en *Story Corner* son ficticios.
2. Richard Whitney fue el primer terapeuta que trabajó en este caso.

2

Una buena revolución merece otra*

Karla y Jerry estaban muy preocupados por su hija Sarah, de trece años. Al parecer, ésta era muy temerosa y les pedía siempre a sus padres que la acompañaran a todas partes. Estaba obsesionada por la idea de perfección y hacía y rehacía sus tareas escolares hasta muy tarde en la noche. Sarah permaneció sentada sin sonreír y en ocasiones en que habló, su voz era apenas audible. Karla y Jerry estaban sentados en el borde de las sillas, como si esperaran que se les dictara sentencia. Sin embargo, no podían esperar. Jerry confesó que había sido un alcohólico, pero que gracias a Alcohólicos Anónimos no probaba una gota desde hacía once años. No obstante, sufrió esa enfermedad hasta que Sarah cumplió los dos años y eso explicaba, sin duda, el curso que había tomado la vida de su hija. Karla no estaba de acuerdo: ella era la única culpable. Tenía tanto miedo de no "hacer las cosas bien" que se paralizaba por completo y era incapaz de actuar. No podía pedirle a Sarah que hiciera las cosas "de manera correcta". Cuando le pregunté por qué, me informó que Sarah nunca hacía lo que se le pedía. Martin (de once años) y John (de cinco años) también aportaban pruebas de que "no estaba haciendo las cosas correctamente". Karla tenía miedo de no saber pedir las cosas "correctamente" y dañar así de manera irreparable a sus hijos. La única forma de solucionar el dilema y de evitar que sus hijos corrieran el riesgo de perjudicarse era hacerlo todo por ellos. Sin embargo, Karla se sentía a veces tan oprimida, desesperada y desvalorizada, que prefería el refugio de una institución psiquiátrica a la alternativa de permanecer viviendo con su familia. En esas ocasiones, Jerry dejaba de lado sus propios sentimientos de culpa para exigir un poco de disciplina. Pero esa actitud de Jerry preocupaba tanto a Karla, que ésta se ponía a discutir acaloradamente con él alegando que, en lugar de discipli-

*Publicado en *Family Therapy Case Studies*, 3, 2, 1988, págs. 45-60.